

## LA PARADOJA UNAMUNIANA, "EL MODO MAS VIVO Y MAS EFICAZ DE TRANSMITIR LA VERDAD A LOS TORPES"

El escritor escribe para el lector, para ser leído, y para que el lector caiga en la cuenta de lo que el escritor le dice. Con frecuencia el escritor olvida al lector, se deja dominar por sus ideas y se alarga o se detiene sin tener en cuenta lo que le ocurrirá al lector cuando lea. El escritor tiene el peligro de olvidarse de que escribe para un hombre. El escritor que, cuando habla, habla a un hombre, tiene el peligro de escribir para un nadie o para una abstracción de hombre.

Unamuno, el hombre obsesionado por todo lo humano, y por el hombre en cuanto existente, en cuanto individuo concreto de carne y hueso, escribe para hombres.

De ahí que sus escritos estén condicionados por sus lectores, por lo que pensarán o vivirán sus lectores. Y de ahí también el estilo de énfasis, la hipérbole, la frase enérgica, la palabra sorprendente, en sus escritos. De ahí, sobre todo, sus paradojas. Las paradojas creadas para hacer caer en la cuenta al lector de lo que quiere decirle don Miguel. Ante los lectores que sabrían terminar la frase empezada, la frase tópica, llega una palabra rara o una paradoja urticante.

Los años primeros, en que hay menos paradojas, son años en que el esquema racional o el dato científico, de línea positivista, van haciendo interesante el relato o el ensayo. Más tarde comienza el ataque directo al lector. Quizá porque antes, indirectamente y sin pretenderlo, le ha atacado ya con frecuencia. Unamuno, que quisiera ser claro, sabe que las claridades pueden ser peligrosas, y las evita. Unamuno sabe que el decirle al lector lo que éste ya conoce es no decirle nada. Por eso procura desconcertarle. Pronto se le echan encima, acusándole, primero sus amigos, después sus competidores o críticos.

### 1. PERTURBAR AL LECTOR

*Amor y pedagogía* es su primera novela desconcertante. Tan desconcertante que el mismo Unamuno tiene que decir en un prólogo, a la pri-

---

\* Es éste el capítulo XII de un libro sobre las paradojas de Unamuno, titulado *EL UNAMUNO PARADOJICO*, que pronto saldrá a luz. Cito con la sigla OC = *Obras Completas* de Miguel de Unamuno, Edición Afrodísio Aguado - Vergara, 1958-1964, Madrid - Barcelona.

mera edición, hablando de sí mismo en tercera persona: "Parece fatalmente arrastrado por el funesto prurito de perturbar al lector más que de divertirle, y sobre todo de burlarse de los que no comprenden la burla. No sabemos bien por qué un hombre serio en su conducta, que ocupa una posición y que ni hace ni dice nada que se salga de los términos corrientes y ordinarios, padece de una morbosa manía contra las personas graves y aborrece tanto a los que no se salen nunca de su papel y adoptan siempre un continente severo. Acostumbra decir que todo hombre grave es por debajo tonto de capirote, y no tiene razón en esto"<sup>1</sup>.

Este "funesto prurito de perturbar al lector más que de divertirle" será la causa de muchas paradojas e, incluso, de libros completos, como el de *Amor y pedagogía*. El perturbar no es, sin embargo, más que un camino, un medio para que le escuchen, para que le lean, para conquistar lectores: "Mas como por ahora no publica el Sr. Unamuno más que para lectores, y no para bibliófilos, parécennos de poca importancia sus escrúpulos y que debe dejar esas importantes consideraciones para cuando dé a la estampa su colección de "Obras completas", que nos complace en creer no ha de tardar mucho en hacerlo. Entonces publicará para las bibliotecas; por ahora debe contentarse con publicar para los lectores"<sup>2</sup>.

Escribir no para bibliotecas ni para bibliófilos, sino para lectores es escribir para ser leído, no para ser comprado, o para ser almacenado. Unamuno escribe para que le lean y para que quienes le lean opinen, hablen de él, le contradigan y le obliguen a escribir de nuevo, haciéndose mutuamente lector y escritor. Así lo declara en abril de 1902, el mismo año de publicación de *Amor y pedagogía*: "Todos estos embolismos no tiran, ¡oh amado lector! a otra cosa más que a demostrarte —si es que por ellos te dejas demostrar— cuán útil me eres para la formación de mi conciencia de escritor público y cómo te considero cual unidad de una masa de lectores a la que llamaré *materia prima objetiva* de la formación de mi conciencia literaria.

Y no te debe molestar esto, pues hemos venido al mundo para explotarnos mutuamente, tú leyéndome y yo haciendo que me leas. La explotación mutua es la más acabada fórmula de la civilización. Y si alguna vez sacaste gusto o provecho de mis escritos, has de saber que yo saco provecho y gusto de que me los leas"<sup>3</sup>.

Para Unamuno escribir es lo mismo que "hacer que le lean". No escribe meramente lo que él piensa, sino que escribe para que el lector piense a su vez, a favor o en contra, pero que piense, que se vea acuciado por lo escrito.

<sup>1</sup> OC, II, 422.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 427.

<sup>3</sup> *De vuelta*, en "Las Noticias" (Barcelona), 14 de abril de 1902, OC, X, 104.

Si, como hemos visto en el capítulo anterior, Unamuno, desde 1900 con mucha claridad y con insistencia, estima más a los hombres que a las ideas, no es extraño que esté preocupado, cuando escribe, más por el lector que por lo que está escribiendo. No es dominado por lo dicho, sino por lo que le responderá en reacción el lector, el hombre: "Me importas tú, lector, no me importa lo que sabes. Las ideas me son despreciables; no aprecio sino a los hombres"<sup>4</sup>. Escribe esto en su ensayo ¡*Ramplonería!*, de 1905.

## 2. "NO ESCRIBO PARA LECTORES, SINO PARA HOMBRES"

Si en 1902 había dicho que él no escribía para bibliófilos, sino para lectores, en 1905, ahondando en la misma idea, contradiciéndose en apariencia, dice que no escribe para lectores, sino para hombres. Es ésta la época en que se hace virulento su anti-eruditismo y anti-objetivismo, para buscar al hombre: "Lo primero que se necesita para escribir con eficacia es no tener respeto alguno al lector, que no lo merece. Porque el lector, ese que llamamos lector, el *lector benévolo*, el *paciente lector*, el que no es sino lector, el de las acotaciones, el lector X, es un ente que no debe preocuparnos"<sup>5</sup>. He dicho que hay una aparente contradicción, pero que es sólo aparente. Porque el lector opuesto al bibliófilo es el lector hombre, el hombre de ahora. Y el *lector benévolo* y el *paciente lector*, o el que "llaman" lector, viene a ser algo parecido al bibliófilo de 1902. "Yo no escribo para lectores, sino para hombres; y si el hombre que hay en ti, el que ahora lee éstas líneas, si ese hombre no se interesa en ellas, no se me da un higa de tu honorabilidad. Si me lees para aprender algo, has echado por mal camino"<sup>6</sup>. Frase esta última escrita contra el eruditismo de los lectores, como estas otras que siguen: "Si quieres, lector X, leer cosas coherentes, y transparentes y claras, y enlazadas lógicamente, y que tengan principio, medio y fin, y que tiren a enseñarte algo, búscalas en donde quieras, menos aquí, que sobran sabios y eruditos en esta nuestra ramplonería ambiente; sobran hasta apestar. Libros, revistas y periódicos tendrás en que se te dará cuenta de lo que se hace, se dice y se piensa por el mundo; a mí no me interesa sino lo que hagas, digas o pienses tú por ti mismo, valga ello lo que valiere, que siempre valdrá muchísimo más de lo que te figuras tú mismo"<sup>7</sup>.

Lucha contra el eruditismo del lector, del que va a la lectura con ánimo de acrecentar conocimientos y conseguir datos, es decir, con ánimo cuantitativo, y lucha también contra el eruditismo de los escritores co-

<sup>4</sup> OC, III, 865-866.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 871.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Ibid.*

rrientes que no hacen más que colaborar a la ramplonería ambiente con sus informaciones y científicismos superficiales.

Unamuno escribe ahora, en 1905, para el lector hombre, para el hombre en cuanto hombre, en cuanto ser viviente con problemas de vida, y ataca obsesivamente a la erudición y al científicismo como causas de la ramplonería y de la superficialidad: "Nada te debe importar lo que yo sé, como a mí nada me debe importar lo que tú sepas. ¿Eres médico? ¿Eres jurisconsulto? ¿Eres químico? ¿Eres matemático? No te preguntaré, si te encuentro en mi camino, nada de Patología, ni de Derecho, o de Química, o de Matemáticas, sino que, de poderlo, te clavaré un aguijón ardiente para oír tu quejido, para recibir tu llanto; si sé que acaba de morirte un hijo de veinte años, al acabar su carrera y cuando en él te mirabas, te hablaré de ello y hurgaré en tu pena para que me acongojes con tu congoja y en un pesar común comulguemos los dos. Me interesas tú, tú mismo, como persona; me interesarían, si las conociese, tus penas y tus alegrías, tus inquietudes, tus desalientos; pero ¿las ideas que almacenas en tu mollera?, guárdatelas, si es que te sirven de algo, que a mí ni poco ni mucho se me da de ellas, ni tengo malditas las ganas de conocerlas"<sup>8</sup>.

Con vocación de confesor, con práctica de predicador, pero de predicador a cada uno de los individuos de la masa, no para la masa misma, Unamuno hurga, busca en el hombre que tiene delante, y busca en sí mismo, se abre sus propias entrañas para que se miren los dos hombres, escritor y lector, con las mismas sangres y dolores.

Si en estos años de antieruditismo y de ideofobia, estos temas le llevan a confesar sus propias congojas al lector, al hombre que le lee, en otras ocasiones y sin tema previo aprovechará al lector como un amigo en quien desahoga las amarguras o las alegrías más personales. Después de una excursión, *De vuelta de la cumbre*, escribe para un lector, que será hombre como él y que quizá tenga los mismos cansancios que él: "Vives acaso, lector mío, en un tráfago mundano, entre negocios o entre diversiones. Escápate cuando puedas a la cumbre, ve a pasar unos días al pie del Aconcagua, donde más alto puedas. Deja de pisar el asfalto de los bulevares. Aprende a desdeñar eso que llamamos civilización, y que rara vez es tal, y a extraer de ella lo que de cultura encierre. Deja la civilización con el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, el *water-clos*, y llévate la cultura en el alma. La civilización no es más que una cáscara para proteger las pulpas, el meollo, que es la cultura. Todo ese formidable aparato de invenciones mecánicas acaba en producir una poesía. Cuando haya surgido el poema de la ingeniería moderna puede muy bien ésta hundirse"<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 871-872.

<sup>9</sup> Recogido en AVE, OC, I, 613.

Hemos visto que la distinción entre cáscara y meollo se da en Unamuno con bastante frecuencia. El desprecia la cáscara, lo que se ve, lo que se palpa y se maneja, y busca el meollo, y lo busca precisamente quitando la cáscara; como cuando se quiere comer una nuez.

Cuando Unamuno no distingue entre cáscara y meollo, basta leerlo directamente, sin gran dificultad de comprensión, pero cuando hace la consabida división, entonces hay que esperar una paradoja oscura, que sirve para descascarillar, para tirar la cáscara. Hay un desprecio, una rotura de la cáscara, pero sigue un agarramiento y una mordedura sabrosa del meollo.

Si Unamuno no hace la distinción entre ideas e ideas, entonces suele hablar de ellas aceptándolas en su totalidad o rechazándolas en bloque. En la época primera el Unamuno que las acepta será ideócrata; en su época última, ideófobo. El paso de una postura negativa a otra negativa de signo contrario, se verificará por intuiciones, por intuiciones que cuajarán en una distinción entre la cosa, el meollo de la cosa y su cáscara. Esas intuiciones mientras cuajan suelen llegar en una terminología cambiante, que tiende a expresarse adjetival o adverbialmente, nunca sustantivamente o verbalmente. Pero la distinción, con unas palabras u otras, entre el meollo o el interior de una cosa, y la cáscara o el exterior de la misma, está presente en la obra de Unamuno desde sus primeros años.

Si en las ideas distingue una cáscara y un meollo, entonces aconseja tirar la cáscara y comerse el meollo. Si no hace la distinción, es que o la da por sabida, y lanza frases paradójicas para que el lector la recuerde, u obliga al lector a que la ejecute por sí mismo.

Ahora, en el texto citado, el Unamuno "de instintos campesinos", cansado de las admiraciones progresistas, hace una distinción respecto al progreso sirviéndose de palabras que indican lo exterior y lo interior. Hay un progreso exterior, hay una cáscara del progreso, y es la civilización, los adelantos, los inventos, la técnica; y hay un progreso interior, un meollo de progreso, una savia progresiva, y esto es la cultura. Unamuno, cuando escribe en esta ocasión, en busca del meollo, rompe la cáscara. El lector se sorprende, se irrita tal vez, pero cae en la cuenta de que las cáscaras son buenas en cuanto guardadoras del meollo, y nada más; cae en la cuenta de que hay que tirar la cáscara por fuerte que sea —como la de nuez—, o por atractiva —como la de la naranja—, y comer el meollo. Son sus paradojas hechas para servir al lector: "Aprende a desdeñar eso que llamamos civilización y que rara vez es tal". Pero detrás de la paradoja, vendrá la explicación, la idea que fácilmente admitirá ya el lector: "a extraer de ella lo que de cultura tiene".

En 1913, en un artículo sobre la *Orfebrería literaria*, escribe paradójicamente contra la perfección y a favor de la vida. Desconcierta al lector con el golpe, pero luego le orienta con un consejo nuevo: es importante

el lector para el escritor. Y esto sabe él que lo admitirá el lector desconcertado: "¡Que se te quite la manía de la perfección, hombre! Si andas con eso de la perfección, acabarás por no hacer nada vivo. Y lo que no es vivo, ni se tiene en pie ni dura. La manía de la perfección es cosa de solitarios; pero en el peor sentido de esta palabra, ¿sabes?, en aquel sentido que no es decente poner en claro. Déjate, pues, de eso y convéncete de que todo lo vivo, de veras vivo, es obra de dos, por lo menos. Ni el parto literario es partenogénésico. Y deja, por tanto, que hagan tus obras tus lectores tanto como tú"<sup>10</sup>.

Si en un sentido, lo vivo es la perfección, en otro sentido, lo perfecto, lo maniáticamente perfecto nunca puede ser vivo, "de veras vivo". La palabra perfección está tomada con doble valoración: negativa y positiva, y resulta por lo tanto un pensamiento paradójico. Entre la perfección del solitario, perfección externa, de cáscara, de apariencias, y la perfección de lo de veras vivo, la perfección de lo viviente y cambiante, del meollo movedizo de lo vivo, hay una distancia tal, que la primera perfección es llamada manía y casi casi pecado, y la segunda es llamada creación o parto. Dado ese aldabonazo, señala un medio para conseguir esta segunda: la colaboración generacional con el lector. El lector, tenido presente cuanto se escribe, ayuda a escribir mejor, el lector vitaliza lo que está parcialmente escribiendo el escritor. Lo eficaz de Unamuno en esta ocasión es que al mismo tiempo que está dando una teoría, haciendo una doctrina, dando unas reglas para escribir bien, está ejecutando esa misma doctrina, escribiendo con el lector que le lee, que le sigue leyendo como quien se lee a sí mismo.

Si Unamuno aconseja que se escriba teniendo presente al lector, es decir, que se escriba para el lector, ese "para" no tiene un sentido de utilidad, para darle gusto, para decirle algo, sino sencillamente escribir para el lector quiere decir para que el lector le lea, sin más finalidad. Porque una finalidad externa, ya es contraria al buen escribir, al escribir vital. De ahí que en ocasiones él diga que nunca escribe "para" el lector, sino para sí mismo. Es una postura paradójica, en apariencia, con la anterior, pero en realidad puede y debe completarse. Escribir para que el lector le lea, no es escribir para darle gusto, ni para hacerle un bien determinado, ni para informarle, sino escribir para que el lector leyendo re-cree lo que el escritor creó. Esta postura paradójica queda bien retratada en un monodílogo de 1920:

"El.—Pero ¿y los que te lean?"

Yo.—Los que me lean... los que me lean... En rigor, y aunque otra cosa parezca, cuando escribo no tengo en cuenta que hay quien me haya de leer. Sueño con aquel escultor que se pasó la vida esculpiendo una

<sup>10</sup> OC, XI, 725-726.

hermosísima estatua para luego, sin que la hubiese visto nadie, arrojarla por el cráter abajo de un volcán y que luego saliese en torrentes de lava”<sup>11</sup>.

### 3. DISOLVER PROBLEMAS, NO RESOLVERLOS

Dirigiéndose al lector le dice en otra fecha de 1920: “Te digo, lector, que me paso la vida poniéndome problemas y no resolviéndolos jamás. No los resuelvo, sino que los disuelvo. Y los disuelvo en otros problemas. Y admiro a los que tienen fe y esperanza en una solución cualquiera y hasta llaman “claridad” a lo menos claro”<sup>12</sup>.

### 4. LECTOR, RE-CREADOR

Unamuno se dirige con mucha frecuencia al lector, al lector en singular, tratándole de “tú” y hablándole en “yo”. Mantiene un diálogo. Y el diálogo y los monodialogos no son meras formas externas, sino la apertura a esa relación de intimidad entre escritor y lector. Casi todo es diálogo en Unamuno, aun cuando no aparezcan dos interlocutores. Y casi todo diálogo es un monodialogo, un diálogo del escritor Unamuno con el lector Unamuno. Se desdobra en dos y escribe lo propio del escritor y las reacciones del lector. La abundancia de los monodialogos no es sino una muestra clara de que el escritor Unamuno está preocupado continuamente por el lector, por su expresión hacia el lector, y por el lector en cuanto hombre concreto, de su tiempo, de su ambiente, de un ambiente ramplón con frecuencia, o erudito, o cientificista, o racionalista, o positivista. Unamuno se está inventando enemigos, porque piensa en los lectores, como hombres de carne y hueso, con quienes discute a diario, quienes le molestan con sus cosas, quienes le agradan por el hecho simple de existir.

Tan importante es el diálogo con el lector que a veces Unamuno prefiere que el lector opine en contra del escritor con tal de que esa opinión del lector haya sido motivada por unas palabras del escritor. Unamuno ha escrito libros de re-creación, como su *Vida de Don Quijote y Sancho*, en que se muestra un defensor del lector como re-creador, a quien le da una personalidad aparte, contraria, semejante o parcialmente diversa de la del escritor. Porque una vez que el libro está escrito ya no es del escritor sino del lector. Unamuno, lector voraz de toda clase de libros-científicos, filosóficos, poéticos, literarios de todos los géneros, teológicos, etcétera—, sabe qué es eso de ser lector. El ha sido un lector re-creador y quiere que los lectores de sus escritos lo sean también. Y re-crear por

<sup>11</sup> *La telaraña*, en “Caras y Caretas”, 11 de dic. de 1920, OC, IX, 966.

<sup>12</sup> 1919-1920. *Meditaciones en el primer día del presente año*, en “La Nación”, 7 de marzo de 1920, OC, XI, 426.

ser *creación* tiene que ser una labor personal, única, diversa, y por ser *re* tiene que estar provocada por la creación primera, por la del escritor. De ahí que cuando él es lector esté creando de nuevo según va leyendo. Cervantes fue el creador del *Quijote*; Unamuno, lector, es re-creador. Crea un Quijote y un Sancho que siguen siendo los de Cervantes, pero con una vitalidad distinta, única, unamuniana. Y así hace en general con todos los libros que lee, y que juzga. De ahí que cuando se trata de ver semejanzas de Unamuno con los autores leídos se encuentren muchas. Tantas que corren los críticos el peligro de hablar de "copias" o de "influencias". Y sí, hay influencias, pero no copias. Son re-creaciones. Y son tan de creación las cosas leídas, que las semejanzas superficiales con ellas tienen menor peso que las creaciones profundas que él produce.

Unamuno, leído de prisa, da la impresión de estar dependiendo de toda la cultura anterior y de la de su tiempo. Y es verdad. Pero es una verdad parcial. Unamuno al depender se independiza. Al copiar, cambia; al leer, re-crea; al escribir, crea.

En todas sus obras está el Unamuno lector, el de las ideas de otro, y el Unamuno escritor, el que con las ideas de otro construye sus ideas, o sus sentimientos, sus vivencias, únicas.

En sus continuas preocupaciones por el lector, él busca entrar en su intimidad y revolverle las entrañas. De ahí que le cambie los tópicos sobre los géneros literarios, que le ponga prólogos desorientadores, que añada epílogos innecesarios al parecer, y que haga prólogos opuestos para las diversas ediciones de una misma obra.

Unamuno es tan crítico de sí mismo, tiene una mirada tan continua sobre su otro yo, que está continuamente condicionado por él. Y en ese condicionamiento sale ganando el lector, porque se encuentra allí, como si fuera él mismo el escritor.

Pero estoy hablando del lector unamuniano; de esos lectores que llama "míos", o, mejor, de esos lectores "de mí"; de esos lectores "que me he ido haciendo". Porque existe el otro lector, el lector genérico, el lector burgués, el que lee sin recrear, el que lee para descansar o para no aburrirse o para aprender algo nuevo. No son lectores unamunianos. Esos no son capaces de caminar por entre las paradojas o cascajeras difíciles. Se irritan. Se cansan. Lo dejan.

Hay libros unamunianos de creación que son creación y re-creación al mismo tiempo. Así *Cómo se hace una novela*. Largamente lo ha demostrado Armando F. Zubizarreta<sup>13</sup>. Y así *Teresa*. En *Cómo se hace una novela* existe un argumento de un lector que morirá al terminar el libro que le apasiona. *Teresa* está hecho entre el lector y el escritor. De ahí sus notas, su epístola, sus prólogos.

<sup>13</sup> *Unamuno en su "novela"* (Madrid, 1960).



Prólogos y epílogos importantes están escritos como en un *symposion* con el lector<sup>14</sup>. Diálogos, monodialogos, conversaciones, estilo epistolar, comentarios de lectores concretos, etc., prueban que el Unamuno escritor está condicionado por el lector. Quizá en esto radique una de las mayores fuerzas de su estilo: la comunicabilidad.

Escribe en "Caras y Caretas", en 1921: "¿Que nosotros queremos decir una cosa y usted entiende otra? ¡Y qué más da!... Puede ser que usted tenga más razón que nosotros. Porque aquí lo importante no es lo que nosotros hemos pensado para escribir, sino lo que nuestros lectores piensan por habernos leído. Que el pensamiento no es una propiedad quirritaria e inajenable"<sup>15</sup>. Unamuno sabe que hacer pensar al lector, aunque sea en opiniones muy diversas de las suyas e incluso opuestas, es la finalidad del escritor, es la eficacia del escritor. Y como lo sabe, se dedica toda su vida a subrayarlo. A veces se queda en eso, en puro diálogo, sin nada que decir, en pura charla, como hacen los amigos, como hacen los enemigos. Diciendo cualquier cosa, pero diciendo. Y en ese decir, en ese mero decir, sin que se diga nada útil, es en lo que cifra él su mayor orgullo, porque en el decir por el decir mismo, apasionando, haciendo vivir, está lo humano del escritor. Lo verdaderamente digno de ser valorado por el hombre.

##### 5. LECTORES "DE MÍ"

En 1924 distingue entre "lectores de mí" y "lectores de mis escritos": "Y todo esto es fruto de pasión y de la "más recóndita sinceridad". Como sabe José Bergamín y lo saben todos mis lectores que sean míos. Es decir, lectores de mí y no sólo de mis escritos"<sup>16</sup>. Unamuno quiere estar como hombre en su quehacer de escritor. A los hombres que hablan como libros prefiere él los libros que hablan como hombres. Escritor-hombre busca al lector-hombre. No quiere ser escritor-libro para lector-libro. Por eso busca al lector de él, de su yo, y no meramente al lector de sus escritos.

Es tal la unión que él busca entre escritor y lector que en ciertos momentos habla de unidad. El texto más profundo de don Miguel, hablando de este apasionante tema, lo encuentro en "El Imparcial", el día 5 de octubre de 1924: "¡Si parece escrito hoy...!" —se exclama ante algo que tiene estilo. Y así es, porque está escrito en el momento en que lo leemos,

<sup>14</sup> Véanse, por ejemplo los prólogos a *Paz en la Guerra* (OC, II, 73 ss.); a *Amor y pedagogía* (OC, II, 421 ss.); a *Niebla* (OC, II, 783 ss.); a *Abel Sánchez* (OC, II, 1.003 ss.), etc. Importantes los prólogos y los epílogos a sus libros de viajes y ensayos. No es necesario citar.

<sup>15</sup> *Ni aun fuera bien entenderlo*, OC, V, 1.035.

<sup>16</sup> *El cohete y la estrella*, en "Nuevo Mundo", 7 de marzo de 1924, OC, V, 500.

porque lo escribimos nosotros mismos al leerlo, porque lo re-creamos al recrearnos con ello. Ya que el consumo es una forma de producción. Y no era tan absurda la paradoja de aquel lector que al preguntarle: "Y usted, ¿no escribe?, contestó: "Yo produzco consumo". Añadiendo: "Escribo lo que me dan a leer".

¿O es que crees, lector, que yo no sé que estás escribiendo conmigo esto que los dos leemos?"<sup>17</sup>.

Aquí está todo el Unamuno lector y escritor. Creador y re-creador conviven simultáneamente a la hora de la lectura. Cuando lee el lector es como si estuviera escribiendo el escritor-lector. Pero cuando escribe el buen escritor ha de hacer lo mismo, ha de ser lector-escriptor. Saber leerse cuando se está escribiendo, y saber escribir cuando se está leyendo, es la meta de unificación, necesaria para que el libro sea libro, es decir, sea hombre.

Esta humanación de todos los quehaceres, tanto del escritor como del lector, es la humanación que en don Miguel resulta genial, viviente, única. En tanto en cuanto se acerquen por acción y reacción lector y escritor, escritor y lector, a la hora de escribir y a la hora de leer, será grande la labor literaria.

En 1930 describe así Unamuno a sus lectores, a "mis" lectores: "Mis lectores, los míos, no buscan el mundo coherente de las novelas llamadas realistas —¿no es verdad, lectores míos?—; mis lectores, los míos, saben que un argumento no es más que un pretexto para una novela, y que queda, ésta, la novela, toda entera, y más pura, más interesante, más novelesca, si se le quita el argumento. Por lo demás, yo ya ni necesito que mis lectores —como el desconocido que me proporcionó las cartas de Felipe—, los míos me proporcionen argumentos para que yo les dé las novelas; prefiero, y estoy seguro de que ellos han de preferirlo, que les dé yo las novelas y ellos les pongan argumentos. No son mis lectores de los que al ir a oír una ópera o ver una película de cine —sonoro o no— comprenden antes el argumento para saber a qué atenerse"<sup>18</sup>.

En las palabras anteriores, Unamuno está aludiendo al lector que lee con prejuicios, al lector de línea cartesiana, al lector que busca esquemas, claridades, caminos claros, en lugar de buscar vida, en lugar de atenerse a una mayor profundización de la existencia, de la existencia siempre oscura. A ese lector le amenaza con quitarle los argumentos de sus novelas. El lector obsesionado por argumentos recibe el choque, lee la paradoja de las novelas sin argumento y se echa a temblar. Pero ahí está su salvación. Al perder la seguridad en sus ideas falsas, el lector está en camino de nueva vida.

<sup>17</sup> *Estilo y progreso*, OC, XI, 862.

<sup>18</sup> *La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez*, OC, XVI, 670.

## 6. INTRINGULISIZANDO AL LECTOR

En 1933 se fija en el lector desatento, en el lector rutinario, distraído. Le despierta con otra paradoja: "Si, pongo por caso, llegase a escribir en ese mi tratado, *intringulisizando*, como me dice un amigo, que "la razón de no ser hoy la monarquía en España no presupone la sinrazón de serlo cuando lo fue en tantos entonces", lo haría para que al tropezar el lector adrede atento, no el gedeónico, en este mi hacer frases y lugares propios —o apropiados— no fuera a dormirse en la rodera de las frases hechas y los lugares comunes. Que si eso no sería sino decir lo que ya tantas veces se ha dicho en otras formas, en una forma nueva, en reforma de expresión, serviría para lograr la conformidad del lector antes desatento"<sup>19</sup>.

En 1935, el 29 de julio, escribe un *Saludo a mi antiguo público*. Comienza así: "Ya estoy otra vez aquí, lectores de *Caras y Caretas*. Yo más que mis ideas o lo que sean". Y líneas más adelante: "Ya estoy de nuevo aquí, y como no debo engañar a nadie, lectores míos, me cumple declarar que no vengo como informador y menos de eso que se llama reportero. Sin que desdeñe el reportaje, ¡qué va!... Es un género —llamémosle así— tan noble y tan artístico como el de la novela, el drama o la poesía. Un suceso es una pequeña tragedia a las veces"<sup>20</sup>.

Lectores, lectores míos, mis lectores, lectores de mí, lector, son palabras que encontramos con tanta frecuencia que nos da la sensación de que los trata en plan de amistad o de familia. No es casualidad, sino símbolo, la abundancia de estas llamadas cariñosas al lector. Símbolo de una interacción mutua. Esos lectores suyos son definidos así en el mismo artículo: "los que yo me he ido haciendo mientras ellos me hacían"<sup>21</sup>. Definición dinámica, funcional, accional.

## 7. LECTORES RECHAZADOS

Rechaza dos clases de lectores. Primero, a los que leen sin oír lo que leen: "Y es que vienen no a oírlos [*los artículos*], aunque los lean con los ojos, cuando no a no enterarse de lo leído y gozarse en ello, sino a poder hablar de ello en la tertulia del casino o en la plazuela"<sup>22</sup>. Es decir, Unamuno no considera lectores suyos a quienes le leen por vanidad, ni por erudición, o por no quedar mal en las tertulias, o por dárseles de enterados; esto es, por razones externas, sin vivencia alguna en la lectura.

Además de estos lectores vanidosos, son rechazados por Unamuno los que él llama lectores pedagógicos, aunque le parecen menos repug-

<sup>19</sup> *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más*, OC, XVI, 573.

<sup>20</sup> En "*Caras y Caretas*", OC, X, 1.036.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 1.037.

<sup>22</sup> *Ibid.*

nantes: "Hay otra clase de lectores, éstos ya dignos de respeto —aunque algunas veces de lástima respetuosa— que leen para ir recogiendo vocablos, giros, expresiones y maneras de decir, lectores que llamaríamos pedagógicos. Su número es legión. Y desde hace algún tiempo recibo con frecuencia consultas lingüísticas o gramaticales —aunque no es lo mismo lo uno que lo otro— de esos lectores, consultas de una candorosa encantadora. Leen para aprender a escribir. Y no digo que para aprender a hablar. Quieren proveerse de un calendario de bolsillo"<sup>23</sup>. A estos lectores pedagógicos o gramaticales o lingüísticos, Unamuno los rechaza porque él no quiere ser un mero profesor, ni un simple erudito, ni un pedagogo. Es algo más; es un hombre que escribe a hombres acerca de hombres.

#### 8. INTERACCIÓN DE LECTORES Y ESCRITOR

El escritor Unamuno ha rechazado a muchos millones de lectores como no suyos, no de él. A ese número infinito de los vanidosos, de los chulos, y a ese número ingente de los pedagógicos, pero ha seleccionado sus lectores; ha acercado a sus creaciones a una calidad de lectores que han terminado siendo lectores de él, más que de sus ideas. Y al hacérselos suyos, los ha ido cambiando, los ha ido formando, sin que él haya apenas cambiado: "¿Llegaré a ser clásico? No lo sé, pero sí debo declarar "con la modestia que me caracteriza" —esta preciosa frase la he tomado modestamente del gran Sarmiento— que cuando se me dice: "¡Cuánto ha progresado usted, don Miguel, en lenguaje y estilo!", contesto: "No, es que usted ha aprendido ya mi habla y si no pruebe a leer aquellos mis escritos que le parecieron antaño oscuros, y lo verá". Lo que hay es que mi público, el mío, el que he acabado por hacérmelo —¡mi trabajo me ha costado!— ha aprendido mi habla. Que para servirle me la he hecho"<sup>24</sup>.

No es un caprichoso, un egoísta, que escribe para sí mismo, sino para servir al público. Hace al público algo suyo para enriquecerle de sus creaciones, para darle lo más suyo. Igual que él ha ido a la mejor literatura mundial para enriquecerse con ella.

Al hacerse sus lectores se ha hecho como escritor: "Aquí estoy, pues, de nuevo, lectores míos argentinos, mi antiguo público de *Caras y Caretas*, el que yo desde estas columnas me hice ahí. ¿Soy el mismo? Creo que sí. Pues sigo el consejo de Píndaro: "Hazte el que eres". Aquí estoy yo. Lo demás irá saliendo"<sup>25</sup>.

Palabras de un viejo de setenta años, de un escritor con más de cincuenta años de publicaciones, que suenan a conquista definitiva y que valen para que todos los escritos traten de ser como él. No individual y

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 1.038.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 1.039.

<sup>25</sup> *Ibid.*

personalmente, sino de ser como él, "yos", hombres únicos e insustituibles, que tienen que decir cosas únicas e insustituibles a los lectores. Lectores que a su vez necesitan ser oyentes de hombres-escritores y no meramente leedores. Oyentes, dialogantes, re-creadores.

En este método de creación en el escritor, y creación para el lector, y de re-creación del lector sobre la creación primera del escritor, es en lo que consiste la existencia del Unamuno del libro. Sus paradojas le han salido como salen en la batalla los proyectiles. Su lucha tenaz, larga y profunda, ha sido una lucha de hombre contra hombres para salvar a los hombres de lo inhumano.

En enero de 1935, el día de Reyes, le escribe a Guillermo de Torre desde Salamanca: "De todos modos que le conste que no pocas veces cuando escribo algo para el público y hablo del "lector" pienso individual y concretamente en él"<sup>26</sup>.

Labor destructiva, labor de alejar a los lectores no suyos, y labor constructiva de buscar a los lectores propios, se ha logrado con la ayuda de la paradoja. De esa paradoja que desconcierta e irrita a los lectores no suyos; de esa paradoja que ahuyenta al lector no suyo, o lo convierte, por un cambio de meollo, en persona nueva. La paradoja destruye. Esa paradoja antitópica o antierudita o antiprogresista: la destructora. Esa que necesita el lector corriente para dejar de ser mero lector.

Y la paradoja tiene en Unamuno la fecundidad de iluminar lo oscuro o de oscurecer lo claro. Como cuando se entra en una mina. Primero hay que bajar, oscurecerse. Ya es paradoja una escalera que baja a la humedad oscura de la mina. Y una vez allí, en la mina oscura, para poder caminar, para poder escoger el metal, hay que encender una luz. El hombre que necesita del sol, huye del sol, paradójicamente, hacia la mina. Y una vez en la mina, busca a ese sol del que huyó, a ese sol imposible, y se inventa o crea un sol posible, un casi sol oscuro, un farol, porque busca un metal que ha de escoger con sus ojos bajo una tierra sin luz de sol.

El camino hacia el conocimiento de lo vital, de la existencia del hombre, hacia el misterio del hombre, es una bajada a los abismos. La paradoja de bajar, el oscurecimiento paradójico de la ciencia vulgar, de la luz del día, se continúa con el paradójico caminar por las riquezas de la mina con una luz nueva, menos fuerte, más pasajera, pero más eficaz por su cercanía, más iluminadora de lo buscado. Juntar ojo y metal sólo es posible en la luz oscura de la mina.

Paradojas de antes y de después. Paradojas de los lectores que aprenden a ignorar, a bajar a lo oscuro, y paradojas de quienes cuando están en lo oscuro empiezan a ver porque alguien les ilumina tenuamente. Este guía es Unamuno; es su paradoja.

<sup>26</sup> OC, XV, 925.

Los lectores que le siguen saben que cuando viene la galería oscura están cerca del metal buscado. Un poco de espera, una llamarada en lo oscuro, les pondrá ante lo no encontrado en las luces de la calle.

Sus lectores le seguirán.

Sus lectores le siguieron.

Conviene saber, sin embargo, que en la mina oscurecida, no todos encontraron ese poco de luz. Humedad, frío o calor excesivo, oscuridad total, bajada, no siempre terminaron en el encuentro, en el hallazgo de nueva luz pequeña, aunque necesaria.

Este seguimiento de Unamuno a veces fue pérdida.

Aunque siempre fue camino.

ANTONIO CASTRO CASTRO